



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

PERRO VERDE

Un cuento de **ALFREDO BENIALGO**

PERRO VERDE

¡Implacable rutina de los viernes después del almuerzo! Podría contarla como una película vista diez veces.

Salgo de mi casa rumbo a la Universidad entre la una y la una y cinco de la tarde. Camino las diez cuadras que me separan de ella. Llego, atravieso el vestíbulo y voy directo a la cocina. Preparo un café bien cargado con la intención de neutralizar la modorra, lo endulzo y subo la escalera. Entro a mi despacho, cierro y me acomodo en el escritorio frente a los apuntes de geoquímica con la clase que debo dictar a partir de las dos.

Mientras saboreo el café, miro alrededor. Controlo que todo esté en su lugar. Tengo esa manía. Si veo que alguna cosa ha sido cambiada de posición, me levanto y la acomodo. Si no cumpliera con esa rutina, una insoportable sensación de incomodidad me acompañaría el resto del día.

En las tardes de sol (y esta por suerte lo es) la claridad que entra por la ventana detrás de mí a medio metro por encima de mi cabeza, se proyecta contra la pared que tengo enfrente. Mi inspección finaliza siempre en ese rectángulo de luminosidad que tengo a la altura de los ojos. Entonces, suave, deliciosamente, con la cabeza sostenida por la palma de la mano derecha, me abandono a los deseos de la pereza y me duermo sentado a mi escritorio.

No más de diez o quince minutos después, unos golpecitos en la puerta me despiertan y, disimulando el fastidio, pregunto:

—¿Si?

Una voz del otro lado me recuerda que en cinco minutos comienza mi clase. Respondo que está bien, que ya bajo. Me desperezco. Miro a la derecha el espejo oblongo de mano que hay en el tercer estante de la biblioteca. Contemplo mi cara de dormido, me paso las manos por el pelo y los ojos para despabilarme. Después, recuperado a medias del mal humor, de las ganas de seguir durmiendo sentado, recojo el borrador, un par de tizas y camino hacia el aula.

Esas siestas mínimas son un mundo para mí, porque cuando cierro los ojos frente a esa proyección luminosa de la ventana, sueño, invariable, desmesuradamente, sueño. Y esto es extraordinario, porque yo, con esa única excepción, jamás sueño. Fuera de esos diez o quince minutos de los viernes por la tarde, duermo sin sueños.

Para eso hay una explicación científica. Un insomnio crónico cuyo origen los médicos ignoran pero atribuyen a causas diversas, atormenta mis noches. Harto de terapias interminables, extenuado y más despierto que un búho, les ruego que me mediquen y, gracias a los hipnóticos, puedo dormir por las noches.

Un naturalista diría que tomo más venenos que Mitrídates y tendría razón. Pero yo, perdida ya la paciencia para oír reproches inútiles, le contestaría que tampoco hay esperanza para el corazón de los hombres, que ya he agotado el padecimiento y que me deje de joder.

Probablemente, los mismos barbitúricos que me permiten dormir, anulan la actividad del sector cerebral encargado de hacerme soñar.

Puede ser, no lo sé, puede ser.

Después de tragarme la píldora mis noches son un viaje instantáneo hacia el futuro. Si no fuera por el despertador gritándome a las seis en punto de la mañana, yo no me enteraría del paso del tiempo. ¿Y todo porqué? Porque no sueño. Al despertar, los únicos recuerdos que tengo son la página del libro que leía o la imagen que miraba en la televisión al momento de dormirme.

El recuerdo de un sueño me devolvería esas horas perdidas.

Otra cosa son mis siestitas de los viernes. Curiosamente ahí sí que sueño. Sea por lo que fuere ahí sí que tengo sueños. ¡Y qué sueños Señor; qué sueños! ¡Qué no he hecho yo en esos sueñitos de los viernes por la tarde!

¡Ah, inabarcable amplitud de los sueños! ¡Si supieran! ¡Denme la existencia arrebatada de cien héroes, de cien amantes, de próceres y poetas, de suicidas, de cantantes y reyes, y todo ese infierno de pasiones no compondría ni la tercera parte de la geografía de mis sueños!

En esos quince minutos de inconsciencia semanal mi corazón dormido viaja por emociones que yo

no podría darle despierto. La honra, el desdén, el dolor de lo irreparable o la plenitud de la felicidad.
¡Qué sueños señor, qué sueños!

En un patio de ladrillos, por ejemplo, hacia mil novecientos cincuenta y siete o cincuenta y ocho, en Avellaneda o en San Telmo, he bailado incansables tangos con una mujer rubia hasta el destello y cantado jazz en bares miserables. He compartido la mesa de un cafetín del bajo con Carlos Gardel y convertido goles formidables en la bombonera, bajo el clamor de la hinchada. También he sido desdichado; una noche, oculto por la sombra de una Venus de argamasa, en el interior de una biblioteca en Palermo, escuché en boca de la mujer que amaba, palabras de amor que no eran para mí. En Abadán o Islamabad, no recuerdo bien, me convertí a la fe de Mahoma y renegué de ella en algún lugar de Castilla. En otras siestas, sin embargo, he sido ateo o agnóstico y contemplé, no sin devoción, el rostro pétreo de Buda. He fornicado hasta el desmayo en los peores lupanares de Hamburgo o Estambul, y, en Ascochinga, en las proximidades de un puente, peleé heroicamente contra un mar de morriones españoles. He muerto también, dos veces; de sed en Talampayo, abandonado a mi suerte; al sur de Catan Lil, partido al medio por una lanza ranquel.

Pero hoy es distinto. El sueño de hoy no se parece a ningún otro. Hoy sueño que sueño. Como en una sucesión de mamushkas o en un cuento de las mil y una noches, mi sueño envuelve a otro sueño.

En este sueño de hoy, un hombre, que soy yo, duerme sentado en su despacho, que es el mío. Las imágenes que ese hombre sueña se proyectan en un rectángulo de luz que hay frente a sus ojos cerrados, como si fuera la pantalla de un cine minúsculo.

Sueña con un tiempo y un lugar que conozco. Es Apóstoles, Misiones, sesenta y cinco años atrás. Un chico juega a la pelota. Yo soy ese chico. Juego. Adoro ese lugar donde dormí en una habitación de madera clara. Ha llovido. El recuerdo de los círculos del agua en los charcos perdura en mí. Pero ahora el cielo es limpio y malva. La humedad que impregna las hojas ha hecho al verde del bosque más verde y brillante y a la tierra más roja que nunca.

Cerca, un hombre y una mujer juegan con otro chico. Son mis padres y mi hermano. Yo hago rebotar la pelota en el piso una y otra vez mientras los miro. Esa serena felicidad me perturba. Estoy furioso. No me ven, no me están mirando. ¿Puede la fuerza de ese amor desalojar al mío? ¿Puede? ¿Puede? ¿Puede?

Pica la pelota en el piso volviendo a mí una y otra vez con esa pregunta: ¿Puede? ¿Puede? Entonces, bruscamente, arrojo la pelota hacia ese otro chico que recibe el golpe en la cara, se tambalea como un tentempié y cae sentado. Mi madre abre los brazos consternada hacia el niño que ahora llora. Mi padre me mira. Ahora vendrán el reto, el sacudón, la penitencia, el chirlo, el grito, o la advertencia que nunca me dolerán tanto como esa mirada.

Pero esta vez, esos ojos odiosos no tendrán oportunidad, porque huyo con los dientes apretados y diciéndome, con una alegría furiosa, que no me van a ver, que esos ojos no me van a ver, que querrán mirarme y no van a poder, porque me hundo en el bosque, me envuelvo en el verde brillante del bosque.

Detrás de mí, la voz de mi padre va perdiéndose entre las hojas, mientras yo no paro de correr por el camino rojo, hacia adentro.

¡Ahora querrán mirarme y no van a poder! Me digo jadeando y sin parar.

¡No van a poder! Me digo ¡No van a poder!

Pero me voy cansando y debo detenerme y sentarme en un tronco, porque no doy más ¡No van a poder! Repito entre ahogo y miro alrededor y veo este claro en el bosque y el atardecer. El verde que se va oscureciendo, la oblicua debilidad de los rayos, el vapor de agua suave que se estanca entre el follaje borroneando los contornos, los troncos verticales como dientes estampados de musgo y el suelo rojo y mojado, como la boca roja de un perro, de un perro verde.

Sé que no voy a ver más los círculos del agua en mi patio, las paredes de madera clara de mi habitación, mi pelota de goma, las caras de mi padre y mi madre, ni la figura vacilante de mi hermano o el cielo malva de Apóstoles que brilla al final de este apretado camino rojo como lengua de perro. Y lloro, porque soy un chico de siete años perdido en la boca roja de un perro verde dormido.

Entonces siento una mano en mi mano. Es la de un anciano. Me incorporo. ¿De dónde conozco a este hombre cuyo rostro no logro ver entre la niebla y las sombras crecientes de la noche y los árboles? Sé que sonrío, que entrañablemente sonrío, y percibo que, a pesar de su paso seguro y de la firmeza de su mano en mi mano arrastrándome hacia el exterior de esta boca de perro verde dormido, este hombre tiembla.

Busco, inútilmente, una y otra vez esa cara conocida que difuminan las sombras.

Ahora estoy libre. El sol de Apóstoles me entibia.

Aliviados, ya sin reproches, me esperan mis padres y mi hermano. Levanto de nuevo la pelota de goma para hacerla rebotar en el piso cuando suenan en la puerta del despacho unos golpes y una voz repite palabras conocidas.

—¡Doctor, su clase de las dos!

Respondo como siempre, que ya voy, que enseguida. Y busco a mi derecha, sobre el tercer estante, el espejo oblongo.

Entonces veo, sujetando el marco del espejo, la mano del anciano de mi sueño y, en la luna plateada, su cara de dormido y sonriente ya sin niebla ni sombras.

Y otra vez la voz diciendo algo de un doctor, de una clase, de unos alumnos que no sé qué esperan a las dos.

Y yo que acaso hoy no pueda hablar.

Que estoy en Apóstoles. Que llevo a un niño de la mano. Que salimos los dos a tiempo de la boca roja de un perro verde, a un atardecer color malva de sesenta y cinco años atrás.

© ALFREDO BENIALGO

alfbenialgo@gmail.com